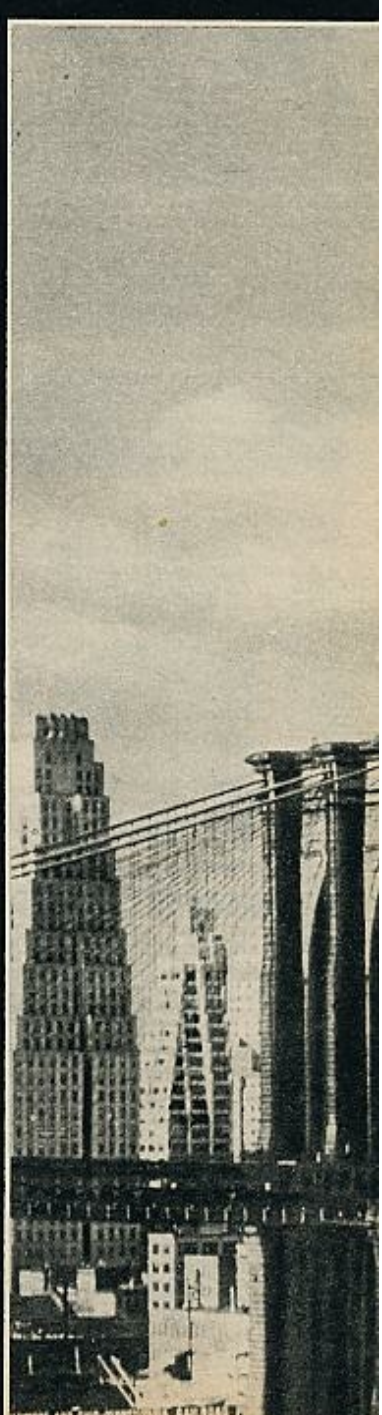
An aerial photograph showing a vast oil field. The landscape is densely packed with hundreds of tall, dark derricks (oil rigs) that rise vertically from the ground. The terrain appears to be a mix of flat and slightly hilly areas, with the derricks creating a forest-like pattern across the entire scene. The lighting is bright, casting shadows from the derricks onto the ground.

**E**N este capítulo —último de su informe— Thomas Buchanan da cuenta de una serie de datos que no pertenecen al análisis matemático de las circunstancias materiales del asesinato, sino que tienden a mostrar qué intereses y qué pasiones han podido provocar el complot del que Ruby y Oswald no serían más que simples instrumentos; asimismo, y como final, Buchanan acusa directamente a los que considera auténticos responsables de los trágicos acontecimientos de noviembre.

Al llegar a este punto final no podemos por menos de manifestar nuestra satisfacción por haber acertado en la elección del trabajo de investigación del magnicidio que, a juicio de centenares de lectores que nos han escrito —juicio corroborado implícitamente por la difusión alcanzada por los últimos números de TRIUNFO (varias ediciones se han agotado totalmente)— constituye la más objetiva, científica y a la vez apasionante información sobre aquellos trascendentales hechos.

A black and white photograph showing a cityscape. In the foreground, a suspension bridge with two large towers and cables is visible. In the background, several tall skyscrapers rise into the sky, including one with a distinctive stepped top. The scene is viewed from a low angle, looking up at the buildings and the bridge.

Tejas está dispuesta a arrebatar a Wall Street la hegemonía financiera americana. Los bosques de torres petrolíferas que dan su particular fisonomía a la región rivalizan con el imponente aspecto de los rascacielos de Manhattan. Las condiciones que en función de una serie de privilegios ofrece el Estado del Sur han hecho nacer en él una gran industria.

⑤ LOS ASESINOS DE KENNEDY

# BUCHANAN acusaba



## LUCHA A MUERTE ENTRE TEJAS Y WALL STREET



LOS SIETE  
GRANDES DE DALLAS  
—SIETE PODERES  
FABULOSOS—  
GOBIERNAN LA CIUDAD  
A SU ANTOJO



LOS MILLONARIOS  
TEJANOS CONSIDERAN  
COMUNISTAS  
A TODOS LOS QUE  
CRITICAN  
SU REGIMEN Y SUS  
PRIVILEGIOS FISCALES



La mañana del asesinato, Kennedy había aplaudido a su esposa cuando ésta fue presentada a las autoridades tejanas durante un desayuno, el último que el Presidente haría. Después, a causa de unas balas asesinas, la imagen habitualmente radiante de Jacqueline dejaría paso a la de una viuda desconsolada. Mientras tanto, en Arlington, la gente sigue visitando la tumba del malogrado Presidente asesinado en Dallas.



**E**L «gang» al que se unió Oswald a su vuelta de Rusia no era un «gang» vulgar. Oswald no podía saber en aquella época en qué avispero se metía. No conocía más que a los «hombres de paja» de la banda, dispuestos a sacarle de apuros, a protegerle, a procurarle un empleo. Estos hombres eran gangsters. Pero el grupo para el cual trabajaban no era una asociación de criminales: este grupo gobernaba Dallas...

Nadie, en efecto, habría podido procurar a Oswald un empleo municipal y mantenerle en él sin la aprobación del gobernador de la ciudad; más aún, sin el deseo bien decidido de los gobernantes de Dallas de servirse más tarde de Oswald. ¿Quiénes eran estos gobernantes? En todo caso, no los criminales. Es cierto que hay ciudades americanas donde los gangsters detentan el poder real; se encuentran ciudades de este tipo en Tejas: especialmente Galveston, donde hace tiempo gobernó el pirata Jean Laffitte y donde la piratería —adaptada a este siglo— sigue floreciente. No obstante, Dallas no se parece a Galveston: es, según la revista «Fortune», «una de las ciudades más limpias y mejor administradas de los Estados Unidos».

El «gang» de Ruby no había logrado nunca hacerse dueño de Dallas. Por el contrario, fue la policía la que se adueñó de él y envió a sus dos cómplices a presidio. A partir de entonces, Ruby comprendió y se mantuvo tranquilo. Más exactamente, se ocupó de no sobrepasar los límites de lo que le estaba permitido. A saber: jugar a las carreras, dirigir burdeles, divertir a los respetables ciudadanos; en resumen, proporcionarles lo que los romanos llamaban «juegos». Juegos altamente lucrativos, ya que, según el director

del F. B. I., le proporcionaban 22.000.000 de dólares al año. Los organizadores de estos juegos luchan a muerte entre sí, pero no luchan contra la policía (al menos no lo hacen normalmente), ya que ésta es su asociación secreta.

### el ciudadano más subversivo

Los gangsters no gobiernan, pues, en Dallas; ni la policía; ni el fiscal del distrito; ni el alcalde, que se quejaba de que le habían amenazado de muerte si iba a Washington para los funerales de Kennedy; ni los ciudadanos o sus representantes por elección... No; Dallas está gobernada por un Consejo que el «U. S. News and World Report» (semanario económico de orientación de extrema derecha) define en los siguientes términos:

«El Consejo está compuesto por alrededor de 250 personas. Son los ciudadanos más prósperos de la localidad. Su grupo fue formado en 1936, para el bien de la ciudad. Se entra en él por elección de los miembros de la propia entidad. Los miembros del grupo son los altos dirigentes de importantes sociedades. Tienen la costumbre de tomar decisiones y de hacerlas ejecutar.»

En un libro reciente, «The decision makers», la hija de un juez de Dallas aporta estas precisiones suplementarias: el Consejo está presidido y dominado por un grupo de siete miembros, la «crema» de la ciudad. Estos siete hombres, poseedores todos ellos de fortunas y de poderío inmensos, aprueban o rechazan todas las decisiones importantes que conciernen a esta ciudad millonaria. Son demasiado importantes para tratar

directamente con los funcionarios: sus órdenes son transmitidas por el Consejo

La decisión de dar un empleo municipal a Lee Harvey Oswald —el ciudadano más «subversivo» de Dallas, fichado por todas las policías—, no era, desde luego, de la competencia de cualquier funcionario o de la «Brigada anti-roja». Los Siete Grandes de Dallas, indudablemente, habrían hecho pasar un mal trago a aquel o a aquellos que, sin consultarles, hubieran permitido que los libros escolares de su ciudad pasaran por las manos corruptoras de un «rojo». Debían, necesariamente, estar al corriente de la contratación de Oswald. ¿Con qué segunda intención la han autorizado?

### los siete grandes anónimos

A pesar de que la identidad de los Siete Grandes no haya sido revelada aún por ninguno de los autores que han escrito sobre Dallas, no es muy difícil establecerla. El grupo de los ciudadanos más ricos y más poderosos de la ciudad debe comprender automáticamente a H. L. Hunt, petrolero de renombre mundial, cuya fortuna no tiene igual en Tejas. Sus rentas se calculan en 200.000 dólares por día; su capital, en dos mil millones de dólares. El hijo de H. L. Hunt, Lamar, cuya fortuna personal se eleva a 150.000.000 de dólares, debe, igualmente, formar parte del grupo de los Siete.

Después de los Hunt, la más poderosa familia de Tejas es la de los Murchison. Las

fortunas privadas de los hermanos Clinton W. y John D. Murchison han sido evaluadas, en 1961, en 150.000.000 de dólares. Juntos, poseen o dirigen, aparte de su fortuna personal, un centenar de sociedades, de un capital de mil millones de dólares en total.

Los Hunt y los Murchison, juntos, representan ya la mayoría absoluta del grupo de los Siete. El hecho de que reinen en la ciudad está probado, entre otras, por las circunstancias siguientes: a diferencia de las demás ciudades, Dallas tiene —en estos últimos años— no uno, sino dos equipos de fútbol, equipos profesionales que participan en los campeonatos nacionales. El déficit anual de un equipo puede alcanzar varios millones de dólares. Mantener un equipo es un lujo que sólo los multimillonarios pueden permitirse. Ahora bien, los Hunt poseían un equipo y los Murchison otro.

Dallas no es, desde luego, la única ciudad de los Estados Unidos o del mundo industrial gobernada por hombres de negocios. La confusión de los poderes económicos y políticos ha recibido un particular impulso en los Estados Unidos al principio de la última guerra: toda la industria debía ser movilizadísima muy rápidamente; a falta de personal competente en número bastante, los grandes hombres de negocios fueron, naturalmente, promocionados a los puestos clave de las administraciones locales y del Gobierno federal.

Otros países, comprendidos todos los de la Europa Occidental, conocieron la misma evolución. La singularidad de Tejas, no obstante, es que su oligarquía no está compues-

## LOS ASESINOS DE KENNEDY

ta por hombres de negocios ponderados, racionales y previsores, como se pueden encontrar en cualquier parte; está dominada por los jugadores, por los aventureros... No se trata, naturalmente, de profesionales de los juegos de azar, aunque Hunt haya empezado a amasar su fabulosa fortuna en una casa de juego de El Dorado (Arkansas) y haya ganado al poker su primer pozo de petróleo (1). El juego al cual se dedican los multimillonarios de Tejas (y al cual pierden a veces) es una industria más seria a primera vista: el petróleo. Sus reglas son muy diferentes de las del acero, el carbón, la banca o los seguros. La industria del petróleo atraca, en consecuencia, a hombres, que, a su vez, son también diferentes. Un breve vistazo a la carrera de H. L. Hunt y de los hermanos Murchison lo hará comprender.

Pocas gentes imaginan la posición dominante que el petróleo ocupa en **SIGUE**

(1) La carrera de Hunt y Tejas en general han sido el tema de un libro brillante, escrito por John Bainbridge, que acaba de ser editado en Francia bajo el título de «Stupéfiant Texas».



# LOS ASESINOS DE KENNEDY

la economía americana. La mayor parte opina que la industria del acero, del automóvil o de la química son las ramas más importantes. Ahora bien, los capitales invertidos en el petróleo sobrepasan los de las tres industrias citadas juntas: más de 50.000.000.000 de dólares. Y cerca de la mitad de esta inmensa riqueza es propiedad de Tejas.

## precios exorbitantes

El beneficio que Tejas obtiene de su petróleo es tan considerable, que este Estado no paga impuesto sobre la renta. Sus ciudadanos no pagan más que el impuesto federal (cobrado por Washington), y a regañadientes. Los petroleros son, en consecuencia, los amos y señores de Tejas. En teoría, su industria está regida por la Texas Railroad Commission, que decide la cantidad que cada productor puede extraer cada mes. La comisión determina, en primer lugar, qué tonelaje están dispuestas a comprar las compañías propietarias de los «pipe-lines»; después, a cada compañía petrolífera tejana se le atribuye una parte alícuota de este tonelaje.

Así se evita la superproducción, lo mismo que la competencia y la baja de los precios. Ni que decir tiene que ningún petrolero de Tejas toleraría una Comisión que actuara en interés del público (que desea que los precios sean lo más bajos posible) antes que en el del productor (que desea precios lo más altos posible). Los miembros de la Comisión son, pues, elegidos con todo cuidado. Cuando las decisiones de los petroleros amenazan a la economía entera, se hacen esfuerzos para moderar sus apetencias. Tal fue el caso, por ejemplo, en mayo de 1958, cuando una comisión federal acusó a veintidós compañías de haberse puesto de acuerdo para imponer un precio exorbitante. ¿Es que había penuria? De ningún modo: las disponibilidades eran tan grandes, que entre nueve y trece extracciones por mes podían satisfacer la demanda. Y, sin embargo, la Humble Oil aumentó sus precios y otras 28 compañías la imitaron.

El experto en finanzas del «New York Times», H. Carmical, estimó que este aumento costaba 500.000.000 de dólares a los consumidores. La indignación pública fue tan viva, que las compañías fueron llevadas a los tribunales por violación de la ley anti-trust. Pero un juez comprensivo decidió que «las pruebas no eran suficientes» y concluyó: «Personalmente, tengo la convicción absoluta de que los acusados no son culpables». Fueron absueltos...

Tradicionalmente, los «acusados» arguyen, en efecto, que la prospección petrolífera es un juego tan arriesgado, que sólo la esperanza de ganancias superiores a las normales puede incitar a él. De cada ocho perforaciones, sólo una resulta productiva en las regiones de nueva prospección. Además, incluso cuando hay suerte, el pequeño pe-

rolero independiente no tiene la garantía de que esta suerte se repetirá: su yacimiento puede agotarse antes de que descubra otro.

Los petroleros consideran, pues, justificados sus privilegios fiscales, que les permiten deducir un 27,5 por ciento «de amortización» de sus beneficios brutos. En 1926, cuando los impuestos eran muy bajos en Estados Unidos, estas ventajas fiscales no resultaban muy onerosas. Pero la masa fiscal, desde entonces, se ha multiplicado por 35; en relación a las demás industrias, el privilegio de los petroleros ha aumentado en la misma proporción, sin hablar de los numerosos favores anejos que éstos han sabido obtener del fisco.

Gracias a este estatuto especial, la prospección y la extracción petrolífera se han convertido prácticamente en un negocio sin riesgos, al menos para las grandes compañías. Estas pueden, en efecto, deducir de sus beneficios brutos los gastos de prospección y los de las perforaciones infructuosas. En cuanto a las fructíferas, su explotación da derecho a deducciones que, teniendo todo en cuenta, representan un 40 por ciento de la inversión total.

Sólo siguen siendo vulnerables los pequeños empresarios que contraen deudas para efectuar una única operación. Tienen siete probabilidades sobre ocho de arruinarse. Un hombre como Hunt, en cambio, que lleva a la vez un gran número de operaciones, no puede perder. No puede impedir que sus millones le proporcionen otros millones. Y, hecho curioso, Hunt está disgustadísimo por ello. No es que desee perder toda su fortuna.

Lejos de él esa idea. Sin embargo, una vez ganado el primer millón, la facilidad con que se adquiere el segundo priva a toda aventura de su atractivo y su frescor. Sobre todo, cuando, como Hunt, se es un «forofó» del juego. Lo peor que le puede ocurrir a un jugador es, en efecto, o perderlo todo o

ganar todas las veces, hasta tal punto que el juego se haga monótono.

## los pensamientos de Juan Achala

Cuando Hunt se dio cuenta de que no podía impedir ganar, fue a buscar riesgos en otra parte. Nadie ha jugado como él en la historia de los Estados Unidos. En los campeonatos mundiales de «base-ball», en 1956, apostó 300.000 dólares por el equipo de los Yankees en el primer partido y los perdió. Su oficina está directamente conectada por teléfono a la mayoría de los campos de carreras americanos. Pero, en general, Hunt está condenado a ganar, incluso en las carreras: recientemente declaró haber ganado en ellas un millón de dólares en un año.

Por fin, Hunt ha buscado en la política los riesgos que ya no podía encontrar en los negocios. Se ha convertido en algo que para los grupos de extrema derecha equivale a lo que fue Thyssen para Hitler. Fue Hunt quien animó a los millonarios de Tejas a financiar las campañas del senador Mac Carthy. A su muerte, Hunt gastó una fortuna para mantener vivas las pasiones anticomunistas que Mac Carthy había encendido. Compró una emisora de televisión y radio y lanzó una serie de publicaciones de extrema derecha a la que tituló «Facts Forum», paralelamente a otra empresa del mismo tipo, la «Life Line». En 1960 se puso él mismo a escribir. Su novela fue rechazada por los editores. Hunt, finalmente, la hizo editar por la misma casa que imprime las guías telefónicas. Lo puso a la venta por medio dólar; y hay que decir que el libro lo vale...

Anunciada con gran despliegue de publicidad como «de valor permanente», la novela de Hunt no fue objeto, que yo sepa, más que de una sola crítica: la de John Bainbridge, autor, en 1961, de una brillante

La comisión Warren investiga. Ante la serie de contradicciones que reflejan las «versiones oficiales» hechas públicas hasta ahora, sólo la encuesta de la comisión presidencial parece prometer garantías de seriedad. En la foto, el senador John Sherman Cooper tras interrogar a testigos, entre ellos el policía que detuvo a Oswald.





Ante el pretil del puente desde el que Buchanan sostiene que se hizo, por lo menos, un disparo, y con el Depósito de Libros Escolares desde el que se hicieron, al menos, otros dos, al fondo, la madre de Lee Harvey Oswald hace declaraciones a los periodistas en torno a los acontecimientos ocurridos el 22 y 24 de noviembre.

serie de artículos, publicada por el «New Yorker», sobre Tejas, serie de la que después sacó su libro, «The super-americans».

Titulado «Alpaca», y presentado como una novela de amor, el libro de Hunt transcurre en un pequeño país imaginario. El héroe, llamado Juan Achala, pensador profundo, estudia «sus desgracias pasadas y su porvenir imprevisible». Dedicado a sus admiradores y amigos, Juan Achala expone el programa que curará a su país de las atrocidades de la democracia. Explica hasta qué punto es estúpido que se deje votar al primer llegado. Mejor sería que los ciudadanos ordinarios delegaran su derecho de voto en los hombres acaudalados y que el 10 por ciento más pudiente de los ciudadanos dispusiera de siete votos por persona. Pagando un impuesto especial, este 10 por ciento podría tener la posibilidad de aumentar aún más el peso de sus sufragios.

La sociedad, según Achala, debería ser gobernada al modo de las sociedades anónimas: «El mayor accionista debería tener el mayor número de votos». Las intervenciones, evidentemente, deberían ser suprimidas, y la imposición de los grandes beneficios limitada al 25 por ciento. En cuanto a los que explotan los recursos naturales del país, deberían gozar de privilegios fiscales más amplios.

Se observará que Juan Achala ha realiza-

do ya una buena parte de su plan en la propia Dallas.

Hunt describe a su héroe como un hombre de «complexión atlética, orgulloso, pero de innata cortesía, de ojos ardientes, sombreados por cejas bien dibujadas, y cuya magnífica dentadura, blanca y regular, que subrayaba una pronta sonrisa, ejercía un atractivo magnético, incluso sobre los desconocidos».

Hunt fue mimado por la vida. Poco después de la aparición de su novela conoció a la encarnación viviente de su personaje Juan Achala en la persona del general Edwin Anderson Walker, miembro de la John Birch Society, un nuevo grupo de extrema derecha del que Hunt era socio capitalista.

### la noche del 10 de abril

Walker había hecho distribuir en la unidad que mandaba en Alemania Occidental panfletos proporcionados por la John Birch Society que atacaban con vehemencia al Presidente Kennedy y su política extranjera. Se produjo un escándalo, el general fue reprendido y, finalmente, relevado del mando. Llamado a Estados Unidos, presentó su dimisión al tiempo que lanzaba un ataque particularmente venenoso contra el Pre-

sidente, al que desde entonces no dejó de injuriar en términos que habrían dado lugar a su encarcelamiento en la mayor parte de los países.

Walker no ha dudado en llamar a los ciudadanos a la violencia contra los representantes de John F. Kennedy. Fue detenido por organizar la resistencia armada contra las tropas federales para impedir que los niños negros fueran a las escuelas públicas en Mississippi...

Resulta, pues, altamente significativo que este enemigo —el más encarnizado— de John F. Kennedy, domiciliado en el Turtle Creek Boulevard de Dallas —barrio preferido de los Siete Grandes—, haya estado en relación directa con Lee Harvey Oswald. El F. B. I., en efecto, ha hecho saber que en la noche del 10 de abril de 1963 fue Oswald quien disparó a través de la ventana del despacho donde trabajaba Walker, jefe militar de la John Birch Society. Y que ésta fue la primera vez que Oswald utilizó su fusil Carcano, que le había sido entregado unas semanas antes.

### en la agenda de direcciones

El F. B. I., sin duda, no se ha equivocado. Sólo que uno se pregunta por qué ha tardado tanto en hacer esta revela- **SIGUE**

## NINGUNA COMUNIDAD HA SIDO MAS HOSTIL QUE TEJAS A



El general Walker, jefe militar de la John Birch Society —movimiento de extrema derecha financiado por los millonarios del petróleo tejanos— reside en Dallas. Parece que Oswald intentó asesinarle hace más de un año, aunque Buchanan, más bien, sospecha que pudiera tratarse de un «atentado fantasma», de cara a la publicidad.

ción. Esta primera misión de Oswald comporta, en efecto, indicios interesantes. El mismo tirador, empleando el mismo fusil, ya provisto de su visor óptico, ha disparado a corta distancia sobre un hombre sentado y bien iluminado apoyando su fusil —según asegura el F. B. I.— en una cerca. Disparó y falló. Y a pesar de la gran celeridad de la que dio pretendidamente prueba a continuación, Oswald, aquella tarde, fue incapaz de recargar su fusil lo bastante de prisa para hacer un segundo disparo. El mismo hombre que ha negado siempre haber disparado sobre Kennedy, volvió a casa aquella noche para contárselo todo a su mujer —con la que no tenía demasiada intimidad— y envanecerse de su hazaña.

Más aún: se considera que el mismo hombre odiaba a la vez al Presidente y a su peor enemigo. ¿O quizá no ha intentado realmente asesinar a Walker? La pregunta es legítima: si el atentado de Oswald contra Walker hubiera sido una empresa seria no se comprendería que no hubiera sido detenido e interrogado. Incluso en Europa se da el caso de que una persona se exponga a un «atentado fantasma» para aumentar así su popularidad.

Al decir esto, no arriesgo una hipótesis gratuita: la relación entre Oswald y Walker ha sido probada. Después del asesinato de Kennedy, en efecto, la policía encontró una agenda con señas en el domicilio de Oswald. En ella estaba el número de teléfono privado de un agente del F. B. I. y el nú-

mero de su coche. Pero estaba también, según el «Dallas Morning Post», el nombre del general Walker y su número de teléfono.

Ahora bien, es evidente que un hombre que intenta asesinar a otro no necesita inscribir el nombre de su víctima en su agenda. Y que cuando se conserva el número de teléfono de alguien es para telefonarle no sólo una vez, sino varias (1).

Ahora disponemos de todos los elementos necesarios para identificar el «gang» del que Oswald se convirtió en miembro.

Todos los petroleros de Tejas son jugado-

(1) Sería interesante saber si el número de Walker estaba en la guía. En caso afirmativo, Oswald debía tener la intención de utilizarlo frecuentemente. En caso negativo, habría que determinar cómo pudo obtenerlo.

## LAS PERSPECTIVAS DE UNA DISTENSION RUSO-AMERICANA



Goldwater encarna las aspiraciones de los extremistas de derecha a verse representados en la Casa Blanca. Aunque no tenga demasiadas posibilidades de ser elegido, no puede descartarse por completo esta idea. La foto —con el cactus emblemático de Arizona, de donde Goldwater es senador, y el fusil— es todo un símbolo.

res. Hay que recordar aquí la frase desdenosa de un aristócrata sudista que se negaba a tratar a los nuevos ricos de Tejas: «Para nosotros, el dinero ganado con el petróleo es lo mismo que el ganado al juego. Y no nos gusta tratarnos con jugadores». Todos los petroleros tejanos están poseídos por el ansia de poder. El dinero les importa, ante todo, en función del poderío que confiere. La cosa es particularmente patente en los Murchison que, a diferencia de Hunt, han heredado su fortuna de su padre y han recibido la mejor educación. Uno de ellos no se privó de hacerse construir una habitación con ocho camas, «a fin de poder hablar de petróleo durante toda la noche».

No obstante, el petróleo no es la principal preocupación de los Murchison. Representan

tan la nueva generación tejana, que busca anexionar otros dominios a su imperio. Durante la última guerra, en efecto, grandes fábricas —especialmente de aeronáutica y electrónica— fueron instaladas en Dallas con la ayuda del Estado. Después, Tejas lo ha intentado todo para atraer nuevas industrias. Les ofrecía atractivos poderosos: la ausencia del impuesto sobre la renta y un impuesto sobre las sociedades más débil que en la mayoría de los demás Estados; salarios particularmente bajos, en razón del gran número de temporeros mejicanos; una legislación antisindical que prohíbe ciertos tipos de huelga, la sindicación obligatoria al contratarse y que limita el número de los piquetes de huelga; en fin, la proximidad de las fuentes de energía...

La industria llegó, pues, en masa. Pero las nuevas actividades estaban también orientadas, en su mayor parte, hacia las fábricas militares. A la cabeza de los recién llegados se encontraba Vought, que despidió a la totalidad de su personal, con excepción de 1.300 empleados y trasladó toda su maquinaria (130.000 toneladas) desde Connecticut, en el noroeste, a Dallas. Allí se encuentra, igualmente, la Continental Electronics Manufacturing Cy, que recientemente ha entregado a la Marina, por cuarenta millones de dólares, la más potente emisora de radio del mundo...

Más jóvenes que Hunt, los dos hermanos Murchison han comprendido que el «boom» petrolífero no durará eterna- **SIGUE**



# LOS ASESINOS DE KENNEDY

## LOS HERMANOS MURCHISON QUIEREN DOMINAR LOS ESTADOS UNIDOS TOMANDO EL CONTROL DE WALL STREET Y TRASLADAR EL CENTRO FINANCIERO DE MANHATTAN A DALLAS

mente, que el coste de las nuevas perforaciones en Tejas iría en aumento y que había llegado la hora de diversificar sus actividades. Se han lanzado a la empresa más ambiciosa que jamás tejanos alguno haya intentado: dominar los Estados Unidos tomando el control de Wall Street. Es la primera vez en la historia del país que los «outsiders» lanzan un desafío a la sede tradicional de las finanzas americanas. Si triunfan, el centro financiero (y el principal centro de decisión) de los Estados Unidos ya no estará en Manhattan, sino en Dallas.

El primer tanteo de fuerzas entre los tejanos y Wall Street estalló en 1960. Los hermanos Murchison fueron acusados entonces de abusar de su posición en el consejo de administración de los «Investor Diversified Services» (I. D. S.) para obtener préstamos en condiciones de favor. Aunque después la acusación fue retirada, los Murchison juraron vengarse y acaparar el control de esta sociedad, la de más poderosa cartera del mundo; en efecto, el activo de la I. D. S. se eleva a 4.200.000.000 de dólares... Pero ni siquiera los Murchison estaban en condiciones de comprar directamente la mayoría de las partes de la I. D. S. Se lanzaron, pues, al ataque contra la Alleghany Corporation, «holding» que controla el 47 por ciento de las acciones de la I. D. S.

### dieciocho millones de dólares de pérdida

Compraron en secreto todos los títulos de la Alleghany que pudieron conseguir. Un buen día, los neoyorquinos se encontraron ante el hecho consumado: el número de votos de que los Murchison disponían en el seno de la Alleghany era casi tan grande como el de Alan P. Kirby, financiero de

Manhattan que hasta entonces había controlado la sociedad.

Kirby y los Murchison se entregaron entonces a una lucha encarnizada, intentando cada uno atraer a su campo a los pequeños accionistas. Provisos de calculadoras electrónicas, que les permitían determinar su posición día a día, los Murchison ganaron por gran ventaja y desplazaron a Kirby. Inmediatamente intentaron apoderarse del control íntegro de la I. D. S. Coronada por el éxito, su operación les hubiera valido un imperio de 5.000.000.000 de dólares, más del doble de la fortuna de Hunt. Pero Wall Street, asustado ante esta victoria inaudita de Tejas, se unió contra los recién llegados. Los abogados de Kirby lograron una sentencia declarando que la transferencia de la I. D. S. bajo el control de los Murchison sería ilegal. Estos vendieron sus partes en la Alleghany, perdiendo 18.000.000 de dólares.

### truman, comunista

A los setenta y un años, Kirby fue vuelto a poner a la cabeza de la sociedad. Había jugado la mayor parte de su fortuna en esta partida, «por amor propio». Los tejanos, que no habían previsto una resistencia tan viva, acababan de perder una batalla; pero estaban decididos a no perder la guerra contra Wall Street.

Los Murchison, los Hunt y los demás millonarios de Tejas tienen tres enemigos a los que han jurado suprimir: los financieros de Wall Street, los hombres políticos de Washington y los comunistas, a los que creen infiltrados en todas partes. Los Murchison, igual que Hunt, han financiado ampliamente a Mac Carthy. Han impedido la reelección al Senado de dos de sus principales oponentes y críticos: William Benton, de Connecticut, y Millard Tydings, de Maryland, hombre, sin embargo, muy conservador y que se había opuesto vigorosamente al New Deal.

La hostilidad de los tejanos a Washington y a Wall Street sorprende a veces. El «New York Times» del 16 de octubre de 1956, por ejemplo, se asombraba de que «el gobernador de Tejas, hombre rico y conservador, hablara de Wall Street en los mismos términos que el «Daily Worker». Igual de asombroso es que los multimillonarios tejanos, a pesar de los enormes privilegios de que gozan su Estado y su industria, continúen quejándose de los «impuestos opresivos» y de la ingerencia de los burócratas de Washington en los asuntos tejanos.

Tejas, en efecto, tiene un presupuesto social tan reducido que sus ciudadanos cobran más subsidios federales que los de ningún otro Estado. De los cincuenta Estados americanos, Tejas está en la 44 posición respecto a la ayuda a la infancia con fondos propios, pero en cabeza respecto a las subvenciones recibidas de Washington. Para la ayuda a los viejos y a los imposibilitados, Tejas se clasifica en 40 lugar, pero figura en segunda posición respecto a la ayuda recibida de Washington. Tejas está en tercera posición respecto a la ayuda federal a la enseñanza, y en el puesto número 32 por sus propios gastos de educación.

Sin embargo, los millonarios de Dallas consideran «comunistas» a los que critican su régimen y sus privilegios fiscales. Entre éstos se puede contar al difunto senador Taft y al ex presidente Truman.

El primer esfuerzo serio para hacer sopor-

tar a los petroleros tejanos unos impuestos comparables a los que gravan a las demás industrias del país, fue llevado a cabo por Roosevelt. Dio como resultado que el vicepresidente John Nance Garner, un tejano, compañero de Roosevelt en 1932, se convirtiera en su enemigo declarado y se opusiera a su reelección en 1936.

En 1945, cuando murió Roosevelt, un millonario de San Antonio dio un cocktail para celebrar —en plena guerra— la muerte del Presidente. Desde entonces, los tejanos han sido eficazmente protegidos en Washington por Sam Rayburn, presidente de la Cámara de Representantes, el mejor defensor que jamás haya tenido el petróleo de Tejas; gracias a él, las proposiciones que tienden a modificar el estatuto de los petroleros son enterradas regularmente antes de ser siquiera discutidas.

En cambio, el principal adversario de los multimillonarios tejanos es el senador Douglas, de Illinois, que desea limitar a los pequeños productores de petróleo, únicamente, la deducción especial del 27,5 por ciento. Douglas ha demostrado que una compañía petrolífera que, en 1954, había hecho cuatro millones de dólares de beneficios netos, no ha pagado más que 404 dólares de impuestos, o sea, menos que una pareja media con dos hijos; que otra compañía no pagó ningún impuesto después de haber hecho 5.000.000 de beneficios netos. Una tercera, a pesar de sus 12.000.000 de dólares de beneficios, obtuvo 500.000 dólares como crédito de impuesto...

Los tejanos responden a estas críticas que «la seguridad nacional» depende del mantenimiento de sus beneficios a la escala actual. «El petróleo, señores, son las municiones —ha declarado el general Ernest O. Thompson, jefe de la Guardia Nacional de Tejas—. ¿Por qué tocar a un sistema que nos ha proporcionado petróleo en cantidad como para que hayamos podido ganar dos guerras?»

### los pozos de libia

La implicación es clara: dos guerras; ¿y por qué no una tercera? Ninguna comunidad ha sido más hostil que Tejas a las perspectivas de una distensión ruso-americana. Y en ninguna parte está la gente tan convencida de que los Estados Unidos podrían no sólo sobrevivir a una guerra nuclear, sino ganarla —sobre todo si atacaban los primeros— y de que el juego podría merecer la pena.

En parte, esta oposición a toda distensión puede ser atribuida al egoísmo tejano: en efecto, la carrera de armamentos valió a este Estado una expansión económica seis veces más rápida que la del resto de los Estados Unidos. E inversamente, ningún otro Estado sentiría tanto las consecuencias del desarme.

Pero los tejanos temen igualmente que la distensión pueda llevar a la retirada de las tropas americanas de países en los que los petroleros de Tejas se han creado grandes intereses. H. L. Hunt, por ejemplo, ha comprado en Libia 4.500.000 hectáreas de golpe, en cuyo subsuelo bulle el petróleo, y ha calificado de «fantástica» la producción de los pozos perforados hasta ahora. No tiene ganas de correr la suerte de Richard M. Kleberg, junior, presidente de la más célebre empresa de cría bovina de Tejas, que perdió doce mil hectáreas en Cuba a raíz del derrocamiento de Batista...

Para todos estos hombres es verdaderamente escandaloso que los Estados Unidos hayan permitido que Castro **SIGUE**



**VD.  
QUIERE  
TERGAL®**

AL COMPRAR  
EXIJA  
LA ETIQUETA TERGAL®  
NUMERADA

**VD. QUE ES UNA MUJER MODERNA...**



quiere sólo lo mejor para su hogar. Vd. quiere VISILLOS TERGAL® Transparentes, luminosos y difunden la luz natural... ¡crean un nuevo ambiente! INARRUGABLES - FACIL LAVADO - CAIDA

# LOS ASESINOS DE KENNEDY

## KENNEDY DECIDIO DESAFIAR A SUS ENEMIGOS EN SU PROPIA GUARIDA Y ESPECIALMENTE ESTIGMATIZAR LA OPINION DE QUE "LA PAZ ES LA ACTITUD DE LOS DEBILES"

se instale en el poder. Ven en él un peligro para las inversiones petrolíferas en toda América Latina, un peligro mortal para ellos mismos

Ni los intereses particulares ni los temores bastan para explicar, no obstante, la actitud de una parte importante de los multimillonarios tejanos. Estos no se mueven sólo por el cálculo. También les mueve el aburrimiento. Sin demasiadas posibilidades nuevas de conquista y de aventura en Tejas, han puesto sus ojos en otros horizontes. Nos encontramos ante la oligarquía más poderosa y más rica del mundo, ante una oligarquía que, lo que es más grave, está compuesta por hombres que tienen la pasión del juego y del riesgo. En un país dotado de un arsenal nuclear, las implicaciones de este hecho son aterradoras.

### una campaña de injurias contra el presidente

Poco antes de ser asesinado, el Presidente Kennedy había firmado un acuerdo con Kruschchev para poner fin a las experiencias nucleares. La gran mayoría de los americanos eran favorables a este acuerdo, que debía abrir camino al desarme. El Congreso lo ratificó por una mayoría aplastante. Pero, lo mismo que los chinos reprochaban a Kruschchev el Tratado, argumentando que la paz

con los capitalistas no era posible, los grupos extremistas de los Estados Unidos sostuvieron que todos los comunistas eran enemigos y que no se podía coexistir con ellos.

A la cabeza de estos grupos se encontraba la John Birch Society, sostenida por Hunt y otros multimillonarios tejanos. Afirmaba que negociar con los comunistas era una locura o, lo que es peor, una traición, y que, sin duda, el propio Kennedy era comunista. Los extremistas del anticomunismo y los del racismo —según los cuales la igualdad racial era un objetivo comunista— unieron rápidamente sus fuerzas y desencadenaron una campaña de injurias contra el Presidente. Podrá apreciarse su violencia recordando el texto de los prospectos que fueron repartidos entre los estudiantes, cerca de Dallas, la víspera del asesinato de Kennedy. En uno de ellos, Kennedy estaba representado —de frente y de perfil, como se hace con los criminales— con esta inscripción: «Reclamado por alta traición». Seguían siete acusaciones principales, entre las cuales «la traición a nuestros amigos cubanos, katangueses y portugueses»; el nombramiento de «extranjeros y de comunistas notorios para cargos federales»; la difusión de «mentiras fantásticas»...

El principal centro de esta campaña era Dallas, donde residían los socios capitalistas y el jefe militar de la John Birch Society. Kennedy había decidido desafiar a sus enemigos en su propia ciudad. Se preparaba a lanzar sobre ellos el más vigoroso ataque que nunca hubiera pronunciado, y especialmente a estigmatizar «la opinión de que la paz es la actitud de los débiles».

El presidente era consciente del riesgo que corría al ir a Dallas. Sus habitantes no se habían limitado a atacar con palabras solamente; Adlai Stevenson, jefe de la delegación americana en la O. N. U., acababa de ser atropellado, maltratado, abucheado e injuria-



El senador Douglas, de Illinois, es el principal adversario de los privilegios de que gozan los petroleros tejanos, y piensa que la deducción de impuestos debe aplicarse solamente a los pequeños productores. Se da el caso que una sociedad con beneficios de cuatro millones de dólares paga menos impuestos que un matrimonio medio con dos hijos.

do en esta ciudad. Según «Newsweek» del 8 de diciembre, unos grupos mezclados con el público del Dallas Memorial Auditorium, donde Stevenson pronunció un discurso, habían cantado: «Stevenson morirá. Su corazón se parará, se parará, se parará, y arderá, arderá, arderá. En el infierno, Kennedy pagará»...

Stevenson telefonó a Arthur Schlesinger, Jr. —uno de los ayudantes de Kennedy—, pidiéndole que hiciera anular el viaje a Dallas del presidente. ¿Por qué Kennedy no siguió este consejo?

### historia de otra conspiración

La respuesta puede encontrarse, sin duda, en los acontecimientos que se desarrollaron, en 1861, en una ciudad en la que he pasado la mayor parte de mi vida y donde mis antepasados se establecieron hace tres siglos: Baltimore.

Elegido presidente en 1860, Lincoln, tres semanas antes de su investidura —el 11 de febrero de 1861— empezó un recorrido a través de los Estados Unidos. Baltimore era la última ciudad que debía visitar. A medida que se aproximaba, una efervescencia inquietante se iba apoderando de la población. Alan Pinkerton, de la policía de ferrocarriles, se hizo pasar por un simpatizante sudista y así supo que un barbero italiano de Baltimore, llamado Ferrandini, había organizado un ejército secreto y anunció, entre los aplausos de sus hombres, que iba a matar al presidente. Al preguntarle Pinkerton que cómo pensaba, después del asesinato, escapar de la policía, Ferrandini le contestó: «La policía está a nuestro lado. He visto al coronel Kane, que es su jefe; podemos tener confianza en él».

Paralelamente a la de Pinkerton se llevó a cabo una investigación por el superintendente de la policía neoyorquina, John A. Kennedy. Confirmó que se habían formado grupos clandestinos, cuyos miembros declaraban a quien quería oírlos, que si Lincoln debía ser asesinado, les gustaría ser los asesinos. Los servicios de seguridad recomendaron que Lincoln y una parte de su séquito atravesaran Baltimore en un tren nocturno cuyo horario se mantendría secreto. Lincoln aceptó esta sugerencia a regañadientes. No tardó en lamentarlo. Sus adversarios le trataron de cobarde. «A la primera señal de peligro», escribía el «Louisville Courier»... El «Baltimore Sun» declaraba: «Si hubiésemos tenido alguna vez el menor respeto por Mr. Lincoln se lo habríamos perdido después de su última escapada, y aún lo estaríamos lamentando». En otra página, el mismo periódico relataba la acogida que tuvo el tren que Lincoln, normalmente, hubiera debido tomar: «En cuanto el tren se paró, la muchedumbre se precipitó a las plataformas, trepó a los techos de los vagones, como una horda de monos, gritando y haciendo toda clase de ruidos incongruentes... Atraída por los gritos de «¡Aquí está!», iba de un lado para otro con una fuerza irresistible; hubo personas que fueron arrojadas de las plataformas y pisoteadas, otras se vieron despojadas de sus vestiduras»...

Según los autores del complot, que se habían puesto de acuerdo con la policía, sólo un pequeño número de agentes debía hallarse en la estación; las peleas acabarían por atraer su atención y dejarían el campo libre a los hombres de Ferrandini.



El 14 de abril de 1865 —casi cien años antes del crimen de Dallas— el Presidente Lincoln era asesinado en un teatro de Washington por el actor John Wilkes Booth. Su muerte nunca llegó a esclarecerse totalmente, aunque no resulta aventurado pensar que también fue víctima de las mismas fuerzas que John F. Kennedy.

«La lista de los conspiradores —escribió el «New York Times»— constituye un muestrario impresionante de grandes notables del Sur. La celebridad de algunos ha traspasado las fronteras nacionales. Hombres de Estado han concebido el plan, banqueros lo han aprobado y unos aventureros debían ponerlo en práctica».

### ¿mattei asesinado?

Si en ciertos aspectos los Estados Unidos no han cambiado apenas en un siglo, por otra parte puede verse que los planes de hombres de Estado, banqueros y aventureros pueden ser desbaratados por una policía leal y eficaz. Cuando Kennedy, para no ser acusado de cobardía, se trasladó a Dallas, confiaba en el servicio secreto, en el F. B. I. y en la propia policía de Dallas. Estos organismos, desde el asesinato del Presidente, no han cesado de disculparse, afirmando que el crimen no pudo ser previsto, ya que tuvo por autor a un loco solitario. Pero, incluso si esta tesis fuera exacta —y creo haber demostrado lo contrario—, Oswald no dejaría de ser por ello su loco solitario. Porque las tres policías citadas estaban en contacto con él. Una de ellas, incluso, había recurrido a sus servicios. Cuando afirman, pues, que no existe ninguna prueba de que Oswald tuviera cómplices, no establecen que no hubiera cómplices, sino que no existen las pruebas cuya consecución era cosa suya.

Mientras los asesinos de Kennedy sigan paseándose en libertad entre nosotros, no podremos estar tranquilos. Hay razones, en efecto, para pensar que éste no es su primer crimen: antes de Kennedy fue Enrico Mattei. No son muchos los americanos que han oído hablar de él. Sin embargo, para los petroleros era el enemigo público número 1. Su avión explotó en pleno cielo un día de octubre de 1962. Todos los pasajeros murieron.

Creo que el hombre «H» que preparó el complot contra Kennedy podría esclarecer las causas de esta misteriosa explosión. Mattei presidía un trust petrolífero de un valor de 2.000.000.000 de dólares, comparable al imperio de H. L. Hunt. Pero su negocio no era privado: su E. N. I. era el monopolio de los hidrocarburos del Estado italiano, que él había levantado casi solo, con sus propias manos, al acabar la última guerra. Mattei había sido jefe de partisanos en la lucha antifascista. Fue condecorado por los Estados Unidos por el valor y «la asombrosa maestría» de sus acciones de sabotaje y de sus ataques contra los convoyes alemanes. Elegido diputado al finalizar la guerra, fue encargado de liquidar el E. N. I., entidad insignificante creada en tiempos de Mussolini, que debía ser cedida a grupos privados. Pero Mattei, que —también él— tenía pasión por el juego, intentó, por el contrario, hacer del E. N. I. una empresa rentable. Su éxito fue tal que el E. N. I., en lugar de ser liquidado, se desarrolló y siguió siendo una empresa nacionalizada, ante la gran indignación de

las compañías petrolíferas extranjeras, que veían en ello una «competencia desleal».

Mattei creó una gran red de gasolineras, hizo bajar el precio del carburante y, aclamado por los consurgidores, obligó a las compañías privadas a imitarle. Acusado de «socialismo» por sus detractores y competidores, añadió al E. N. I. una cadena de moteles y restaurantes, fundó un periódico, hizo construir una de las mayores centrales nucleares de Europa y se puso a producir noventa mil toneladas de goma sintética por año, así como abonos nitrogenados, material de perforación, azufre, plásticos, utensilios domésticos, botellas, jabón...

«Mattei —escribió «Harper's Magazine», en 1961— se ha convertido en el símbolo de ese vigoroso socialismo de Estado que tanto ha seducido siempre al espíritu lógico de los latinos. Es el abanderado de una gran parte de italianos que piensan que la utilización juiciosa de capitales públicos permite corregir ciertos defectos graves del capitalismo.»

### otro hombre irremplazable

Después de haber hecho dar marcha atrás a las compañías petrolíferas extranjeras en el mercado italiano, Mattei las desafió en el plano internacional. Para asegurarse las concesiones petrolíferas fuera de Italia, ofreció el 75 por ciento de los beneficios a los países productores, y no el 50 por ciento, como las demás compañías interna- **SIGUE**

# LOS ASESINOS DE KENNEDY

## ¿FUE ASESINADO MATTEI —EL REY DEL PETROLEO ITALIANO— POR LOS MISMOS QUE URDIERON EL CRIMEN DEL 22 DE NOVIEMBRE?

cionales. Sobre esta base firmó acuerdos con Irán, India, Egipto, Túnez, Marruecos, Somalia y Sudán. Denunciado con furia por las compañías privadas, habría sido linchado, sin ninguna duda, si hubiera puesto los pies en Tejas.

Mattei desbordó la indignación de sus adversarios al firmar un acuerdo con la Unión Soviética para la adquisición de doce millones de toneladas de petróleo soviético durante cinco años, a un precio abiertamente inferior al americano. Italia, en cambio, iba a entregar 240.000 toneladas de tubos de acero, 50.000 toneladas de goma sintética, motores Diesel, etc. Enrico Mattei iba a invadir el mercado británico mediante la creación de una red de gasolineras; murió antes de haber podido llevar a cabo este proyecto. Su hermano sigue afirmando que fue asesinado. La mayor parte de los italianos piensan lo mismo. Mattei recibía a menudo amenazas de muerte; su avión particular había sido objeto de varios intentos de sabotaje, que fueron descubiertos a tiempo. Un día de octubre de 1962, Mattei subió a su avión a la vuelta de un viaje de negocios a Sicilia. El avión explotó en pleno vuelo. La causa nunca pudo ser determinada.

Mattei —lo mismo que Kennedy— era uno de esos hombres que no se pueden reemplazar.

### un crimen que beneficia automáticamente a los asesinos

Hasta ahora, los hombres que habían asesinado a un Presidente de los Estados Unidos nunca habían intentado negar su crimen: lo han motivado y justificado públicamente, por el contrario. Porque el crimen político no es eficaz más que si sus razones son claras y de todos conocidas. Hay una excepción a esta regla, no obstante: cuando

la muerte de un hombre de Estado beneficia automáticamente a sus asesinos, éstos no tienen necesidad de indicar sus razones para alcanzar el resultado propuesto.

¿Quién, entonces, podía obtener un beneficio automático de la desaparición de Kennedy? Esta es la pregunta fundamental. En lugar de perder el tiempo psicoanalizando a Oswald, que no fue más que un cómplice menor, es preciso encontrar respuesta a esta pregunta; una respuesta que nos dará el motivo del crimen y nos indicará en qué ambiente pudo ser premeditado.

La clave de la respuesta podrá estar en las principales diferencias entre la política de Kennedy y la que practicaría el hombre que le sucedería automáticamente. ¿En qué puntos diferían más Kennedy y Johnson?

1.º La cuestión racial puede ser eliminada desde el principio. Aunque Johnson sea un hombre del Sur, no es un «dixiecrata». Según la opinión general iba a proseguir con la política de desegregación progresiva. Además, Dallas no es Birmingham y Tejas no es Mississippi; la extrema derecha de Dallas, que es apasionadamente anticomunista, no se preocupa apenas de los negros.

2.º En política extranjera, la diferencia entre los dos hombres es ya más notable. Al decir esto no pretendo afirmar que Johnson se vuelva atrás de lo ya hecho por Kennedy en el camino de la distensión. Es demasiado pronto para hacer pronósticos respecto a

esto. Lo que cuenta, sin embargo, es que la extrema derecha americana cree a Johnson más intransigente que Kennedy. Según el general Walker, por ejemplo: «habrá cambios importantes después de la muerte de Kennedy, incluso si esos cambios no aparecen inmediatamente».

¿Hasta dónde el endurecimiento de la política americana —previsto como una consecuencia automática de la desaparición de Kennedy— podía interesar a unos poderosos grupos tejanos? Podría interesarles en cuanto que un desarme amenazaría a las industrias de guerra que, desde hace quince años, son el principal motor de la economía de Tejas y en las cuales los más potentes petroleros han invertido masivamente sus capitales. Además, una distensión arrastraría consigo el peligro de nacionalización de las concesiones petrolíferas que los principales magnates tejanos han adquirido en el extranjero.

Es útil recordar ahora una encuesta publicada por «Newsweek», el 19 de febrero de 1962, sobre las consecuencias económicas del desarme: «A primera vista, los problemas son gigantescos. La producción militar representa cerca del 10 por ciento de la mano de obra. Además, está fuertemente concentrada en ciertas industrias y ciertas regiones... El programa militar financia la mitad de la investigación científica y técnica. Sin él, el progreso tecnológico avanzaría a paso de tortuga. Incluso la Bolsa reaccionaría vivamen-

Enrico Mattei era uno de los principales enemigos de los grandes petroleros de Tejas. Su política petrolífera estaba haciendo bajar los precios con grave peligro para aquéllos. Un oportuno accidente de aviación acabó con su vida en el momento en que regresaba de un viaje de negocios a Sicilia, un día de octubre de 1962.





Quando mandaba una importante unidad en Alemania Occidental, el general Walker hizo distribuir a sus tropas panfletos de la John Birch Society que atacaban violentamente a Kennedy, lo que le valió el relevo.

te ante la perspectiva de una reducción de los encargos militares. A no ser que hubiera contramedidas vigorosas, una reducción de los gastos militares en 5.000.000.000 de dólares (o sea, en el 10 por ciento) podría reducir la actividad económica en diez o doce mil millones de dólares».

3.º La divergencia más clara entre Kennedy y Johnson concernía, no obstante, a los privilegios fiscales de los petroleros tejanos. Kennedy se oponía a ellos. Johnson, por el contrario, había sido elegido por los millonarios para suceder a Sam Rayburn como su defensor titular en Washington.

Rayburn, cuando se jubiló a una edad muy avanzada, había formado a Johnson en este sentido. Fue el principal apoyo del actual Presidente en la Convención demócrata de 1960. Pero el vencedor de esta Convención fue un hombre del Norte que no «comprendería» a los tejanos: John F. Kennedy, senador de Massachusetts. Su programa llevaba en sí el compromiso de «suprimir las escapatorias del sistema fiscal, gracias a las cuales, unos grupos privilegiados evitan pagar su justa parte de impuestos». «Entre las escapatorias más espectaculares se encuentran las deducciones por reconstitución de yacimientos, que son contrarias al espíritu de equidad.»

A todo lo cual respondió Sam Rayburn: «Nunca he oído decir que la deducción del 27 por ciento a favor de los petroleros fuera una escapatoria». Y Lyndon Johnson declaró, por su parte: «El programa concierne a las escapatorias, pero no veo en absoluto en qué concierne al petróleo».

A pesar de todo, los millonarios tejanos no se quedaron tranquilos. En Dallas, su dinero y sus votos apoyaron masivamente a Nixon, que se había comprometido a no tocar sus privilegios.

## tenían poderosos motivos

Según la regla clásica del «quid prodest» es, pues, en los medios petrolíferos tejanos donde convendría buscar a los instigadores del asesinato. Tenían poderosos motivos pa-

ra querer eliminar a Kennedy en provecho de un vicepresidente que no sospechaba, naturalmente, lo que se tramaba; sus motivos serían mucho más convincentes, en todo caso, que los atribuidos a Oswald. Este era sólo el hombre ideal para hacer caer sobre él toda la responsabilidad del crimen. De los tres principales enemigos del hombre «H»: Mattei, Kennedy y Krutchev, el primero ya estaba eliminado. El hombre «H» pensó, sin duda, que podría eliminar a los otros dos al mismo tiempo: el asesinato de Kennedy por el «comunista» Oswald serviría para matar dos pájaros de un tiro: desacreditaría a Krutchev y reduciría a la nada la tentativa de distensión.

Sólo los comunistas —calculaba el hombre «H»— se atreverían a pretender que Oswald era inocente. Debía ser abatido con el arma en la mano. Pero después de que Oswald hubo abatido al hombre que tenía la misión de matarle, no quedaba más que una cosa por hacer: eliminar a Oswald antes de que pudiera ver a su abogado y contestar a los periodistas. El asunto quedaría entonces cerrado —la policía de Dallas proclamó por las buenas que lo estaba— y no habría investigación.

La policía de Dallas hizo cuanto estuvo en su mano para que el asunto se quedara ahí. Según ella, Oswald no podía tener cómplices. Cada vez que esta hipótesis se venía abajo por el descubrimiento de un hecho nuevo, la versión oficial cambiaba, se encontraban nuevas «pruebas» (como el asombroso trozo de tela que no se detectó en el arma del crimen hasta que ésta hubo pasado por una docena de manos).

## YO ACUSO

Yo acuso a los conspiradores siguientes de haber ayudado al hombre «H» en la ejecución de su proyecto, y los enumero en el orden de su culpabilidad:

1.º Al policía que ha lanzado una orden de arresto contra Oswald en un momento en que nada permitía sospechar de él. La policía de Dallas conoce el nombre de este hombre. Era el principal conspirador, después del propio hombre «H».

2.º Al asesino que ha hecho, al menos, un disparo desde lo alto del puente del ferrocarril y después se ha refugiado, sin aliento, en un edificio vecino. Muchas personas han debido verle correr. Todo policía honrado que se haya encontrado en el lugar del crimen sabe que un arma ha sido encontrada en el puente o sus proximidades y que este arma ha desaparecido a continuación. La investigación puede determinar por qué el puente no fue vigilado, contrariamente a la costumbre.

3.º Al asesino que ha disparado por lo menos dos veces desde el depósito de libros. Era, sin duda, un tirador de «élite». Hay agentes que le han visto salir del edificio. Si no se fijaron en él es, o porque llevaba el uniforme de la policía o porque un oficial cómplice dio orden de dejarle pasar.

4.º Al cómplice que estaba encargado de abatir a Oswald a sangre fría. Fracásó. Ahora está fuera del alcance de la Justicia de los hombres.

5.º A Lee Harvey Oswald, antiguo «marine», antiguo amigo de la Unión Soviética, antiguo confidente del F. B. I.

6.º Al cómplice que dejó a Oswald salir del depósito a pesar de las órdenes del jefe de la policía, Curry. Y al agente de paisano que siguió a Oswald durante una hora y no le detuvo, a pesar de la orden de arresto expedida contra él.

Estos dos hombres no pueden escudarse en las órdenes recibidas. Durante los procesos de Nuremberg, los fiscales americanos no han dejado de sostener que hay órdenes contrarias a la ley y que un hombre no es humano más que si se niega a ejecutarlas.

7.º A numerosos investigadores de la policía municipal y federal. Al estimar que la verdad desacreditaría al Gobierno de los Estados Unidos, estos hombres lo que hacen es conspirar para ocultar hechos determinantes e incitar a importantes testigos a no revelar lo que saben.

Decenas, quizá centenares de testigos han recibido instrucciones de parte de unos funcionarios sobre el modo más conveniente de que presten testimonio. Recuerdo a estos ciudadanos que todo funcionario que les pida cometer este delito no es —y no puede ser— un defensor de los intereses superiores del país». Porque los que, en un asunto de tan alta importancia, piden que se oculten o se falsifiquen los hechos, actúan con violación del código civil: son culpables de incitación al perjurio y no hay por qué obedecerles.

Son culpables de un crimen aún más grave. El Presidente de los Estados Unidos fue a Dallas con la convicción de que estos hombres le protegerían. Han traicionado la confianza que depositó en ellos. Nosotros, el pueblo, somos los únicos guardianes que ahora le quedan a Kennedy. Es preciso que estos guardianes velen para que se haga justicia.

THOMAS BUCHANAN

FIN

(Copyright OPERA MUNDI-FIEL 1964 y "TRIUNFO" en exclusiva para España)